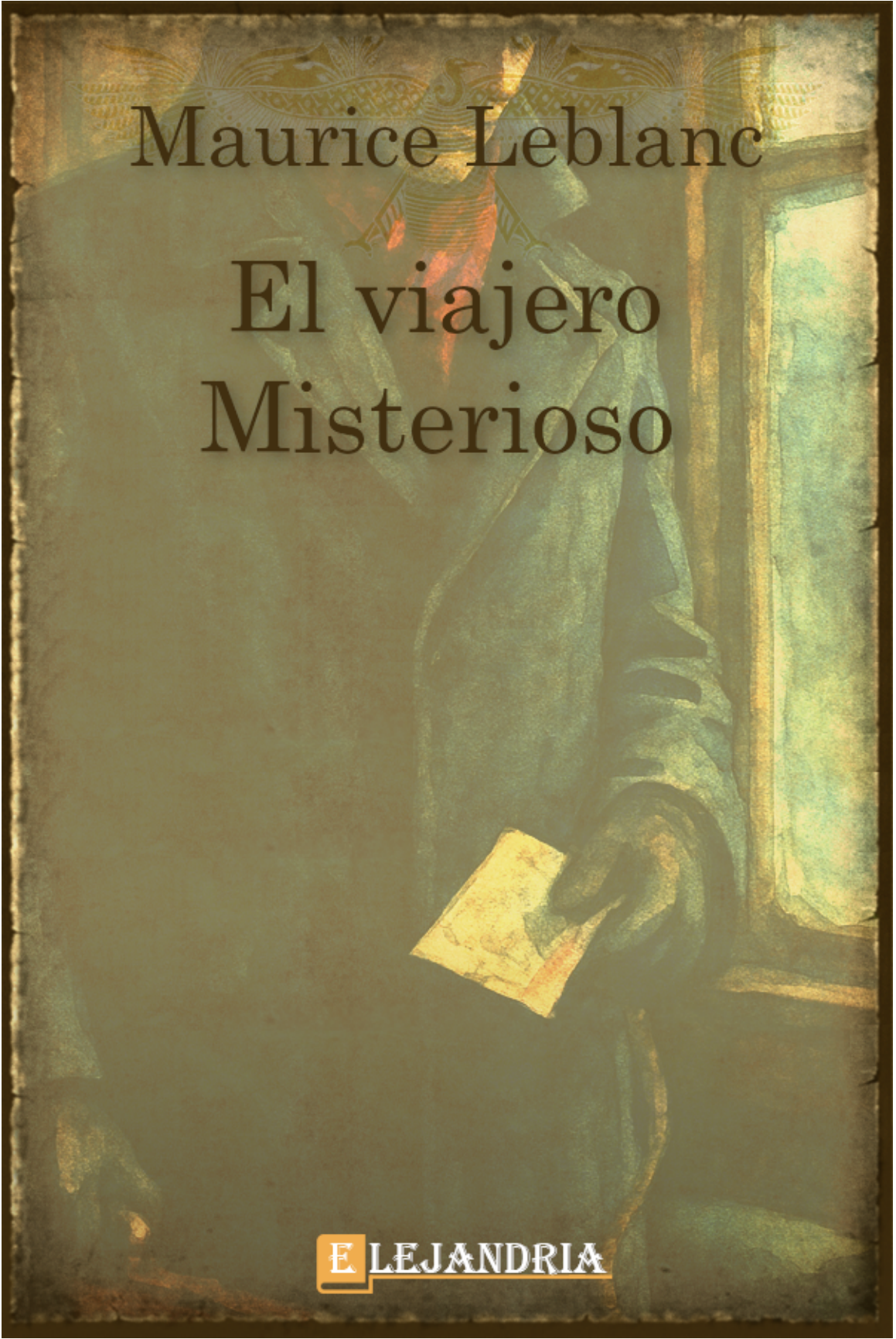


The background of the cover is a painting of a man in a blue coat, possibly a traveler or explorer, holding a map. The painting is in a classical style with visible brushstrokes. At the top, there is a decorative crest or coat of arms featuring a crown, a shield with various symbols, and a banner.

Maurice Leblanc

El viajero
Misterioso

E LEJANDRIA



Maurice Leblanc

El viajero
Misterioso

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL VIAJERO MISTERIOSO

MAURICE LEBLANC

PUBLICADO: 1907
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EL VIAJERO MISTERIOSO

La víspera, había enviado mi automóvil a Ruán por carretera. Debía reunirme con él allí en tren y, desde allí, dirigirme a casa de unos amigos que viven a orillas del Sena.

Pues bien, en París, unos minutos antes de la partida, siete señores invadieron mi compartimento; cinco de ellos fumaban. Por corto que sea el trayecto en el rápido, la perspectiva de efectuarlo en semejante compañía me resultó desagradable, tanto más cuanto que el vagón, de modelo antiguo, no tenía pasillo. Tomé, pues, mi abrigo, mis periódicos, mi guía de horarios, y me refugié en uno de los compartimentos vecinos.

Una dama se encontraba allí. Al verme, tuvo un gesto de contrariedad que no se me escapó, y se inclinó hacia un señor plantado en el estribo, su marido, sin duda, que la había acompañado a la estación. El señor me observó y el examen terminó probablemente a mi favor, pues habló en voz baja a su mujer, sonriendo, con el aire con que se tranquiliza a un niño que tiene miedo. Ella sonrió a su vez, y me lanzó una mirada amigable, como si comprendiera de repente que yo era uno de esos hombres galantes con los que una mujer puede permanecer encerrada dos horas, en una pequeña caja de seis pies cuadrados, sin tener nada que temer.

Su marido le dijo:

—No te enfadarás conmigo, querida, pero tengo una cita urgente y no puedo esperar.

La besó afectuosamente y se marchó. Su mujer le envió por la ventana pequeños besos discretos y agitó su pañuelo.

Pero sonó un silbato. El tren se puso en marcha.

En ese preciso instante, y a pesar de las protestas de los empleados, la puerta se abrió y un hombre irrumpió en nuestro compartimento. Mi compañera, que estaba de pie en ese momento y colocaba sus cosas en la red, lanzó un grito de terror y cayó sobre el asiento.

No soy cobarde, ni mucho menos, pero confieso que estas irrupciones de última hora son siempre penosas. Parecen equívocas, poco naturales. Debe de haber algo detrás, si no...

El aspecto del recién llegado, sin embargo, y su actitud, habrían atenuado más bien la mala impresión producida por su acto. Corrección, casi elegancia, una corbata de buen gusto, guantes limpios, un rostro enérgico... Pero, a propósito, ¿dónde diablos había visto yo ese rostro? Porque no cabía duda, lo había visto. O, más exactamente, encontraba en mí esa especie de recuerdo que deja la visión de un retrato varias veces contemplado y cuyo original nunca se ha visto. Y, al mismo tiempo, sentía la inutilidad de todo esfuerzo de memoria, tan inconsistente y vago era ese recuerdo.

Pero, al volver mi atención hacia la dama, me quedé estupefacto por su palidez y el trastorno de sus facciones. Miraba a su vecino — estaban sentados en el mismo lado— con una expresión de verdadero espanto, y constaté que una de sus manos, temblorosa, se deslizaba hacia un pequeño bolso de viaje colocado en el asiento a veinte centímetros de sus rodillas. Acabó por cogerlo y, nerviosamente, lo atrajo hacia sí.

Nuestros ojos se encontraron, y leí en los suyos tanto malestar y ansiedad que no pude evitar decirle:

—¿No se encuentra mal, señora?... ¿Debo abrir esta ventana?

Sin responderme, me señaló con un gesto temeroso al individuo. Sonreí como había hecho su marido, me encogí de hombros y le

expliqué por señas que no tenía nada que temer, que yo estaba allí y que, por otra parte, aquel señor parecía muy inofensivo.

En ese instante, él se volvió hacia nosotros, nos consideró a uno tras otro de pies a cabeza, luego se hundió en su rincón y no se movió más.

Hubo un silencio, pero la dama, como si hubiera reunido toda su energía para cometer un acto desesperado, me dijo con una voz apenas inteligible:

—¿Sabe que está en nuestro tren?

—¿Quién?

—Pues él... él... se lo aseguro.

—¿Quién, él?

—iArsène Lupin!

No había apartado los ojos del viajero y era a él, más que a mí, a quien lanzó las sílabas de ese inquietante nombre.

Él se caló el sombrero hasta la nariz. ¿Era para ocultar su turbación o, simplemente, se preparaba para dormir?

Hice esta objeción:

—Arsène Lupin fue condenado ayer, en rebeldía, a veinte años de trabajos forzados. Por tanto, es poco probable que cometa hoy la imprudencia de mostrarse en público. Además, ¿no han señalado los periódicos su presencia en Turquía este invierno, desde su famosa evasión de la Santé?

—Está en este tren —repitió la dama, con la intención cada vez más marcada de ser oída por nuestro compañero—, mi marido es subdirector de los servicios penitenciarios, y fue el propio comisario de la estación quien nos dijo que buscaban a Arsène Lupin.

—Esa no es razón...

—Lo han visto en la sala de los pasos perdidos. Ha comprado un billete de primera clase para Ruán.

—Era fácil echarle el guante.

—Ha desaparecido. El revisor, a la entrada de las salas de espera, no lo vio, pero se suponía que había pasado por los andenes de cercanías y que había subido al expreso que sale diez minutos después que el nuestro.

—En ese caso, lo habrán atrapado allí.

—¿Y si, en el último momento, ha saltado de ese expreso para venir aquí, a nuestro tren... como es probable... como es seguro?

—En ese caso, será aquí donde lo atrapen. Porque los empleados y los agentes no habrán dejado de ver ese paso de un tren a otro y, cuando llegemos a Ruán, lo cogerán limpiamente.

—¡A él, jamás! Encontrará la manera de escapar de nuevo.

—En ese caso, le deseo buen viaje.

—¡Pero de aquí a entonces, todo lo que puede hacer!

—¿El qué?

—¿Qué sé yo? ¡Hay que esperarse cualquier cosa!

Estaba muy agitada y, de hecho, la situación justificaba hasta cierto punto esa sobreexcitación nerviosa. Casi a mi pesar, le dije:

—Hay, en efecto, coincidencias curiosas... Pero tranquilícese. Admitiendo que Arsène Lupin esté en uno de estos vagones, se estará muy quieto y, antes que buscarse nuevos problemas, no tendrá otra idea que evitar el peligro que lo amenaza.

Mis palabras no la tranquilizaron. Sin embargo, se calló, temiendo sin duda ser indiscreta.

Yo desplegué mis periódicos y leí las crónicas del proceso de Arsène Lupin. Como no contenían nada que no se supiera ya, me interesaron mediocrementemente. Además, estaba cansado, había dormido mal, sentí que mis párpados se volvían pesados y mi cabeza se inclinaba.

—¡Pero, señor, no se va a dormir!

La dama me arrancó los periódicos y me miró con indignación.

—Evidentemente no —respondí—, no tengo ninguna gana.

—Sería de la mayor imprudencia —me dijo.

—De la mayor —repetí.

Y luché enérgicamente, aferrándome al paisaje, a las nubes que surcaban el cielo. Y pronto todo aquello se desdibujó en el espacio, la imagen de la dama agitada y del señor adormilado se borró de mi mente, y se hizo en mí el gran, el profundo silencio del sueño.

Sueños inconsistentes y ligeros pronto lo aderezaron; un ser que desempeñaba el papel y llevaba el nombre de Arsène Lupin ocupaba en ellos un cierto lugar. Evolucionaba en el horizonte, con la espalda cargada de objetos preciosos, atravesaba muros y desvalijaba castillos.

Pero la silueta de ese ser, que por otra parte ya no era Arsène Lupin, se precisó. Venía hacia mí, se hacía cada vez más grande, saltaba al vagón con una agilidad increíble y caía en pleno sobre mi pecho.

Un dolor agudo... un grito desgarrador... Me desperté. El hombre, el viajero, con una rodilla sobre mi pecho, me apretaba la garganta.

Lo vi muy vagamente, pues mis ojos estaban inyectados en sangre. Vi también a la dama que se convulsionaba en un rincón, presa de un ataque de nervios. Ni siquiera intenté resistir. Por otra parte, no habría tenido fuerzas: las sienes me zumbaban, me asfixiaba... jadeaba... Un minuto más... y sería la asfixia.

El hombre debió de sentirlo. Aflojó su presa. Sin apartarse, con la mano derecha, tendió una cuerda en la que había preparado un nudo corredizo y, con un gesto seco, me ató ambas muñecas. En un instante, fui maniatado, amordazado, inmovilizado.

Y realizó esta tarea de la manera más natural del mundo, con una soltura en la que se revelaba el saber de un maestro, de un profesional del robo y del crimen. Ni una palabra, ni un movimiento

febril. Sangre fría y audacia. ¡Y allí estaba yo, en el asiento, atado como una momia, yo, Arsène Lupin!

La verdad, era para reírse. Y, a pesar de la gravedad de las circunstancias, no dejaba de apreciar todo lo que la situación tenía de irónico y sabroso. ¡Arsène Lupin engañado como un novato! ¡Desvalijado como el primero que pasa —porque, por supuesto, el bandido me aligeró de mi bolsa y mi cartera!— Arsène Lupin, víctima a su vez, burlado, vencido... ¡Qué aventura!

Quedaba la dama. Ni siquiera le prestó atención. Se contentó con recoger el pequeño bolso que yacía en la alfombra y extraer de él las joyas, el monedero, los objetos de oro y plata que contenía. La dama abrió un ojo, se estremeció de espanto, se quitó los anillos y se los tendió al hombre como si hubiera querido ahorrarle todo esfuerzo inútil. Él tomó los anillos y la miró: ella se desmayó.

Entonces, siempre silencioso y tranquilo, sin ocuparse más de nosotros, regresó a su sitio, encendió un cigarrillo y se entregó a un examen profundo de los tesoros que había conquistado, examen que pareció satisfacerlo por completo.

Yo estaba mucho menos satisfecho. No hablo de los doce mil francos de los que me habían despojado indebidamente: era un perjuicio que solo aceptaba momentáneamente, y contaba con que esos doce mil francos volverían a mi poder en el más breve plazo, así como los papeles muy importantes que contenía mi cartera: proyectos, presupuestos, direcciones, listas de corresponsales, cartas comprometedoras. Pero, por el momento, una preocupación más inmediata y más seria me atormentaba:

¿Qué iba a ocurrir?

Como es de suponer, la agitación causada por mi paso a través de la estación de Saint-Lazare no se me había escapado. Invitado en casa de unos amigos a los que frecuentaba bajo el nombre de Guillaume Berlat, y para quienes mi parecido con Arsène Lupin era motivo de bromas afectuosas, no había podido disfrazarme a mi antojo, y mi presencia había sido señalada. Además, se había visto a

un hombre, Arsène Lupin sin duda, precipitarse del expreso al rápido. Por tanto, inevitablemente, fatalmente, el comisario de policía de Ruán, avisado por telegrama y asistido por un número respetable de agentes, se encontraría a la llegada del tren, interrogaría a los viajeros sospechosos y procedería a una minuciosa revisión de los vagones.

Todo esto lo preveía, y no me había preocupado demasiado, seguro de que la policía de Ruán no sería más perspicaz que la de París, y que sabría pasar desapercibido — ¿no me bastaría, a la salida, con mostrar negligentemente mi tarjeta de diputado, gracias a la cual ya había inspirado total confianza al revisor de Saint-Lazare?— ¡Pero cuánto habían cambiado las cosas! Ya no era libre. Imposible intentar uno de mis golpes habituales. En uno de los vagones, el comisario descubriría al señor Arsène Lupin que un azar propicio le enviaba atado de pies y manos, dócil como un cordero, empaquetado, todo preparado. No tendría más que recibirlo, como se recibe un paquete postal que le es dirigido a la estación, una cesta de caza o una canasta de frutas y verduras.

Y para evitar este desenlace desafortunado, ¿qué podía hacer yo, envuelto en mis vendas?

Y el rápido volaba hacia Ruán, única y próxima estación, quemaba Vernon, Saint-Pierre.

Otro problema me intrigaba, en el que estaba menos directamente interesado, pero cuya solución despertaba mi curiosidad de profesional. ¿Cuáles eran las intenciones de mi compañero?

Si hubiera estado solo, habría tenido tiempo, en Ruán, de bajar con toda tranquilidad. ¿Pero la dama? Apenas se abriera la portezuela, la dama, tan prudente y humilde en ese momento, igritaría, se agitaría, pediría socorro!

¡Y de ahí mi asombro! ¿Por qué no la reducía a la misma impotencia que a mí, lo que le habría dado tiempo para desaparecer antes de que se dieran cuenta de su doble fechoría?

Seguía fumando, con los ojos fijos en el espacio que una lluvia vacilante comenzaba a surcar de grandes líneas oblicuas. Una vez, sin embargo, se desvió, cogió mi guía de horarios y la consultó.

La dama, por su parte, se esforzaba por permanecer desmayada, para tranquilizar a su enemigo. Pero accesos de tos, provocados por el humo, desmentían ese desmayo.

En cuanto a mí, estaba muy incómodo y muy dolorido. Y pensaba... combinaba...

Pont-de-l'Arche, Oissel... El rápido se apresuraba, alegre, ebrio de velocidad.

Saint-Étienne... En ese instante, el hombre se levantó e hizo dos pasos hacia nosotros, a lo que la dama se apresuró a responder con un nuevo grito y un desmayo no simulado.

Pero, ¿cuál era su objetivo? Bajó la ventanilla de nuestro lado. La lluvia caía ahora con rabia, y su gesto marcó el fastidio que sentía al no tener ni paraguas ni abrigo. Echó un vistazo a la red: el tentempié de la dama estaba allí. Lo cogió. Cogió igualmente mi abrigo y se lo puso.

Atravesábamos el Sena. Se remangó los bajos del pantalón, luego, inclinándose, levantó el pestillo exterior.

¿Iba a arrojar a la vía? A esa velocidad habría sido la muerte segura. Nos adentramos en el túnel perforado bajo la colina de Sainte-Catherine. El hombre entreabrió la portezuela y, con el pie, tanteó el primer escalón. ¡Qué locura! La oscuridad, el humo, el estruendo, todo ello daba a tal tentativa una apariencia fantástica. Pero, de repente, el tren aminoró la marcha, los frenos Westinghouse se opusieron al esfuerzo de las ruedas. En un minuto, la velocidad se volvió normal, disminuyó aún más. Sin duda, se proyectaban trabajos de consolidación en esa parte del túnel, que requerían el paso ralentizado de los trenes, desde hacía algunos días quizá, y el hombre lo sabía.

No tuvo, pues, más que poner el otro pie en el escalón, bajar al segundo e irse tranquilamente, no sin antes haber vuelto a echar el pestillo y cerrado la portezuela.

Apenas había desaparecido, la luz del día iluminó el humo más blanco. Desembocamos en un valle. Otro túnel y estábamos en Ruán.

Inmediatamente, la dama recobró el sentido y su primer cuidado fue lamentarse por la pérdida de sus joyas. Se lo imploré con los ojos. Ella comprendió y me libró de la mordaza que me ahogaba. Quería también desatar mis ligaduras, se lo impedí.

—No, no, es necesario que la policía vea las cosas tal como están. Deseo que se convenza de la calaña de este bribón.

—¿Y si tiro de la señal de alarma?

—Demasiado tarde, había que pensarlo mientras me atacaba.

—¡Pero me habría matado! ¡Ah, señor, ya se lo había dicho yo que viajaba en este tren! Lo reconocí enseguida, por su retrato. Y ahora se ha ido con mis joyas.

—Lo encontrarán, no tema.

—¡Encontrar a Arsène Lupin! Jamás.

—Eso depende de usted, señora. Escuche. Nada más llegar, póngase en la portezuela y llame, haga ruido. Vendrán agentes y empleados. Cuente entonces lo que ha visto, en pocas palabras, la agresión de la que he sido víctima y la huida de Arsène Lupin. Dé su descripción, un sombrero blando, un paraguas —el suyo—, un abrigo gris entallado.

—El suyo —dijo ella.

—¿Cómo, el mío? No, no, el suyo. Yo no llevaba.

—Me había parecido que él tampoco llevaba cuando subió.

—Sí, sí... a menos que fuera una prenda olvidada en la red. En todo caso, lo llevaba cuando bajó, y eso es lo esencial... un abrigo

gris, entallado, recuérdelo... ¡Ah, se me olvidaba!... diga su nombre, desde el principio. El cargo de su marido estimulará el celo de toda esa gente.

Llegábamos. Ella ya se inclinaba en la portezuela. Repuse con una voz un poco fuerte, casi imperiosa, para que mis palabras se grabaran bien en su cerebro.

—Diga también mi nombre, Guillaume Berlat. Si es necesario, diga que me conoce... Eso nos ahorrará tiempo... hay que despachar la investigación preliminar... lo importante es la persecución de Arsène Lupin... sus joyas... No hay error, ¿verdad? Guillaume Berlat, un amigo de su marido.

—Entendido... Guillaume Berlat.

Ya llamaba y gesticulaba. El tren no se había detenido cuando un señor subió, seguido de varios hombres. Sonaba la hora crítica.

Jadeante, la dama exclamó:

—Arsène Lupin... nos ha atacado... ha robado mis joyas... Soy la señora Renaud... mi marido es subdirector de los servicios penitenciarios... ¡Ah, mire, precisamente mi hermano, Georges Ardelle, director del Crédit Rouennais... debe usted saber...

Besó a un joven que acababa de unirse a nosotros, y a quien el comisario saludó, y ella reanudó, llorosa:

—Sí, Arsène Lupin... mientras el señor dormía, se le echó al cuello... El señor Berlat, un amigo de mi marido.

El comisario preguntó:

—Pero, ¿dónde está, Arsène Lupin?

—Saltó del tren en el túnel, después del Sena.

—¿Está segura de que era él?

—¡Si estoy segura! Lo reconocí perfectamente. Además, lo vieron en la estación de Saint-Lazare. Llevaba un sombrero blando...

—No... un sombrero de fieltro duro, como este —rectificó el comisario, señalando mi sombrero.

—Un sombrero blando, lo afirmo —repitió la señora Renaud—, y un abrigo gris entallado.

—En efecto —murmuró el comisario—, el telegrama señala ese abrigo gris, entallado y con cuello de terciopelo negro.

—Con cuello de terciopelo negro, justamente —exclamó la señora Renaud, triunfante.

Respiré. ¡Ah, qué valiente, qué excelente amiga tenía allí!

Los agentes, entretanto, me habían librado de mis ataduras. Me mordí violentamente los labios, la sangre corrió. Encorvado, con el pañuelo en la boca, como corresponde a un individuo que ha permanecido mucho tiempo en una posición incómoda y que lleva en el rostro la marca sangrienta de la mordaza, le dije al comisario, con voz debilitada:

—Señor, era Arsène Lupin, no hay duda... Si se dan prisa, lo alcanzarán... Creo que puedo serles de cierta utilidad...

El vagón que debía servir para las constataciones de la justicia fue desenganchado. El tren continuó hacia El Havre. Nos condujeron a la oficina del jefe de estación, a través de la multitud de curiosos que abarrotaba el andén.

En ese momento, tuve una vacilación. Con cualquier pretexto, podía alejarme, encontrar mi automóvil y marcharme. Esperar era peligroso. Que ocurriera un incidente, que llegara un telegrama de París, y estaba perdido.

Sí, ¿pero mi ladrón? Abandonado a mis propios recursos, en una región que no me era muy familiar, no debía esperar alcanzarlo.

—¡Bah, intentémoslo! —me dije—. Y quedémonos. La partida es difícil de ganar, ¡pero tan divertida de jugar! Y la apuesta vale la pena.

Y, como nos rogaban que renováramos provisionalmente nuestras declaraciones, exclamé:

—Señor comisario, actualmente Arsène Lupin toma ventaja. Mi automóvil me espera en el patio. Si quisiera hacerme el favor de subir, podríamos intentar...

El comisario sonrió con aire astuto:

—La idea no es mala... tan poco mala, que ya está en vías de ejecución.

—¡Ah!

—Sí, señor, dos de mis agentes han partido en bicicleta... hace ya un buen rato.

—¿Pero adónde?

—A la misma salida del túnel. Allí recogerán los indicios, los testimonios, y seguirán la pista de Arsène Lupin.

No pude evitar encogerme de hombros.

—Sus dos agentes no recogerán ni indicios ni testimonios.

—¡De veras!

—Arsène Lupin se las habrá arreglado para que nadie lo vea salir del túnel. Habrá llegado a la primera carretera y, desde allí...

—Y desde allí, a Ruán, donde lo atraparemos.

—No irá a Ruán.

—Entonces, se quedará en los alrededores, donde estamos aún más seguros...

—No se quedará en los alrededores.

—¡Oh, oh! ¿Y dónde se esconderá entonces?

Saqué mi reloj.

—A estas horas, Arsène Lupin ronda por los alrededores de la estación de Darnétal. A las diez y cincuenta, es decir, en veintidós

minutos, tomará el tren que va de Ruán, estación del Norte, a Amiens.

—¿Usted cree? ¿Y cómo lo sabe?

—Oh, es muy simple. En el compartimento, Arsène Lupin consultó mi guía de horarios. ¿Por qué razón? ¿Había, no lejos del lugar donde desapareció, otra línea, una estación en esa línea y un tren que parara en esa estación? A mi vez, acabo de consultar la guía. Me ha informado.

—A decir verdad, señor —dijo el comisario—, está maravillosamente deducido. ¡Qué competencia!

Arrastrado por mi convicción, había cometido una torpeza al mostrar tanta habilidad. Me miraba con asombro, y creí sentir que una sospecha lo rozaba. —¡Oh, apenas!, pues las fotografías enviadas de todas partes por la fiscalía eran demasiado imperfectas, representaban a un Arsène Lupin demasiado diferente del que tenía ante él, como para que le fuera posible reconocerme. Pero, aun así, estaba turbado, confusamente inquieto.

Hubo un momento de silencio. Algo equívoco e incierto detenía nuestras palabras. A mí mismo, un escalofrío de incomodidad me sacudió. ¿Iba a volverse la suerte en mi contra? Dominándome, me eché a reír.

—Dios mío, nada le abre a uno la comprensión como la pérdida de una cartera y el deseo de recuperarla. Y me parece que si quisiera usted darme dos de sus agentes, ellos y yo, podríamos quizá...

—¡Oh, se lo ruego, señor comisario! —exclamó la señora Renaud—. Escuche al señor Berlat.

La intervención de mi excelente amiga fue decisiva. Pronunciado por ella, la mujer de un personaje influyente, ese nombre de Berlat se convertía realmente en el mío y me confería una identidad que ninguna sospecha podía alcanzar. El comisario se levantó:

—Estaría encantado, señor Berlat, créame, de verlo tener éxito. Tanto como usted, deseo el arresto de Arsène Lupin.

Me condujo hasta el automóvil. Dos de sus agentes, a quienes me presentó, Honoré Massol y Gaston Delivet, tomaron asiento en él. Yo me instalé al volante. Mi mecánico dio vuelta a la manivela. Unos segundos después, abandonábamos la estación. Estaba salvado.

¡Ah, confieso que, rodando por los bulevares que ciñen la vieja ciudad normanda, a la potente velocidad de mi Moreau-Lepton de treinta y cinco caballos, no dejaba de sentir cierto orgullo! El motor roncaba armoniosamente. A derecha e izquierda, los árboles huían tras nosotros. Y libre, fuera de peligro, ya no tenía más que arreglar mis pequeños asuntos personales, con el concurso de los dos honrados representantes de la fuerza pública. ¡Arsène Lupin iba en busca de Arsène Lupin!

Modestos sostenes del orden social, Delivet Gaston y Massol Honoré, ¡cuán preciosa me fue vuestra asistencia! ¿Qué habría hecho sin vosotros? Sin vosotros, ¡cuántas veces, en los cruces, habría elegido el camino equivocado! ¡Sin vosotros, Arsène Lupin se equivocaba, y el otro escapaba!

Pero no todo estaba terminado. Ni mucho menos. Me quedaba primero alcanzar al individuo, y luego apoderarme yo mismo de los papeles que me había robado. A ningún precio debía permitir que mis dos acólitos metieran las narices en esos documentos, y menos aún que se apoderaran de ellos. Servirme de ellos y actuar al margen de ellos, eso era lo que quería y lo que no era nada fácil.

En Darnétal, llegamos tres minutos después del paso del tren. Es verdad que tuve el consuelo de saber que un individuo con un abrigo gris, entallado, con cuello de terciopelo negro, había subido a un compartimento de segunda clase, provisto de un billete para Amiens. Decididamente, mis comienzos como policía prometían.

Delivet me dijo:

—El tren es expreso y ya no para hasta Montérolier-Buchy, en diecinueve minutos. Si no estamos allí antes que Arsène Lupin, puede continuar hacia Amiens, o desviarse hacia Clères, y de allí llegar a Dieppe o a París.

—Montérolier, ¿qué distancia?

—Veintitrés kilómetros.

—Veintitrés kilómetros en diecinueve minutos... Estaremos allí antes que él.

¡Qué etapa tan apasionante! Jamás mi fiel Moreau-Lepton respondió a mi impaciencia con más ardor y regularidad. Me parecía que le comunicaba mi voluntad directamente, sin la intermediación de palancas y mandos. Compartía mis deseos. Aprobaba mi obstinación. Comprendía mi animosidad contra ese bribón de Arsène Lupin. ¡El taimado! ¡El traidor! ¿Podría con él? ¿Se burlaría una vez más de la autoridad, de esa autoridad de la que yo era la encarnación?

—¡A la derecha! —gritaba Delivet—. ¡A la izquierda!... ¡Todo recto!...

Nos deslizábamos sobre el suelo. Los mojones parecían animalitos asustadizos que se desvanecían a nuestra aproximación.

Y de repente, en el recodo de una carretera, un torbellino de humo, el expreso del Norte.

Durante un kilómetro, fue la lucha, codo con codo, una lucha desigual cuyo resultado era cierto. A la llegada, lo batimos por veinte cuerpos.

En tres segundos estábamos en el andén, delante de las segundas clases. Las portezuelas se abrieron. Algunas personas bajaban. Mi ladrón, ni rastro. Inspeccionamos los compartimentos. Ni rastro de Arsène Lupin.

—¡Caramba! —exclamé—. Me habrá reconocido en el automóvil mientras íbamos codo con codo, y habrá saltado.

El jefe de tren confirmó esta suposición. Había visto a un hombre que descendía por el terraplén, a doscientos metros de la estación.

—Mire, allá... el que cruza el paso a nivel.

Me lancé, seguido de mis dos acólitos, o más bien seguido de uno de ellos, pues el otro, Massol, resultó ser un corredor excepcional, con tanto fondo como velocidad. En pocos instantes, el intervalo que lo separaba del fugitivo disminuyó singularmente. El hombre lo vio, franqueó un seto y huyó rápidamente hacia un talud que trepó. Lo vimos aún más lejos: entraba en un pequeño bosque.

Cuando alcanzamos ese bosque, Massol nos esperaba allí. Había juzgado inútil aventurarse más, por temor a perdernos.

—Y se lo agradezco, mi querido amigo —le dije—. Después de semejante carrera, nuestro individuo debe de estar sin aliento. Lo tenemos.

Examiné los alrededores, mientras reflexionaba sobre los medios de proceder solo al arresto del fugitivo, a fin de recuperar yo mismo lo que la justicia sin duda no habría tolerado sino después de muchas investigaciones desagradables. Luego volví con mis compañeros.

—Ya está, es fácil. Usted, Massol, póngase a la izquierda. Usted, Delivet, a la derecha. Desde allí, vigilen toda la línea posterior del bosquecillo, y no puede salir de él, sin ser visto por ustedes, más que por esta hondonada, donde yo tomo posición. Si no sale, yo entro y, forzosamente, lo empujo hacia uno u otro. No tienen, pues, más que esperar. ¡Ah, se me olvidaba!: en caso de alerta, un disparo.

Massol y Delivet se alejaron cada uno por su lado. Tan pronto como desaparecieron, penetré en el bosque, con las mayores precauciones, de manera que no fuera visto ni oído. Eran matorrales espesos, acondicionados para la caza, y cortados por sendas muy estrechas por las que solo era posible caminar encorvado como en subterráneos de verdor.

Una de ellas desembocaba en un claro donde la hierba mojada presentaba huellas de pasos. Las seguí, teniendo cuidado de deslizarme a través de los matorrales. Me condujeron al pie de un

pequeño montículo coronado por una casucha de yeso, medio demolida.

—Debe de estar ahí —pensé—. El observatorio está bien elegido.

Me arrastré hasta las proximidades de la construcción. Un ligero ruido me advirtió de su presencia y, de hecho, por una abertura, lo vi de espaldas a mí.

En dos saltos estuve sobre él. Intentó apuntar con el revólver que tenía en la mano. No le di tiempo, y lo arrastré al suelo, de tal manera que sus dos brazos quedaron atrapados debajo de él, torcidos, y yo pesaba con mi rodilla sobre su pecho.

—Escucha, muchacho —le dije al oído—, soy Arsène Lupin. Vas a devolverme, enseguida y de buena gana, mi cartera y el bolso de la dama... a cambio de lo cual te saco de las garras de la policía y te enrolo entre mis amigos. Solo una palabra: ¿sí o no?

—Sí —murmuró.

—Tanto mejor. Tu asunto de esta mañana estaba muy bien combinado. Nos entenderemos.

Me levanté. Hurgó en su bolsillo, sacó un gran cuchillo y quiso golpearme con él.

—¡Imbécil! —exclamé.

Con una mano, había parado el ataque. Con la otra, le di un violento golpe en la arteria carótida, lo que se llama el «gancho a la carótida»... Cayó, aturdido.

En mi cartera, encontré mis papeles y mis billetes de banco. Por curiosidad, cogí la suya. En un sobre que le estaba dirigido, leí su nombre: Pierre Onfrey.¹

Me estremecí. ¡Pierre Onfrey, el asesino de la rue Lafontaine, en Auteuil! Pierre Onfrey, el que había degollado a la señora Delbois y a sus dos hijas. Me incliné sobre él. Sí, era ²ese rostro el que, en el compartimento, había despertado en mí el recuerdo de rasgos ya contemplados.

Pero el tiempo pasaba. Metí en un sobre dos billetes de cien francos, con una tarjeta y estas palabras: «Arsène Lupin a sus buenos colegas Honoré Massol y Gaston Delivet, en testimonio de gratitud». Puse esto bien a la vista en medio de la habitación. Al lado, el bolso de la señora Renaud. ¿Podía no devolvérselo a la excelente amiga que me había socorrido? Confieso, sin embargo, que saqué de él todo lo que presentaba algún interés, dejando solo un peine de carey, una barra de labios rojo Dorin y un monedero vacío. ¡Qué diablos! Los negocios son los negocios. Y además, la verdad es que su marido ejercía un oficio tan poco honorable!...

Quedaba el hombre. Empezaba a moverse. ¿Qué debía hacer? No tenía autoridad ni para salvarlo ni para condenarlo.

Le quité sus armas y disparé un tiro al aire.

—Los otros dos vendrán —pensé—. ¡Que se las arregle! Las cosas se cumplirán según el sentido de su destino.

Y me alejé a paso de carrera por el camino de la hondonada.

Veinte minutos más tarde, una carretera transversal, que había notado durante nuestra persecución, me devolvió junto a mi automóvil.

A las cuatro telegrafiaba a mis amigos de Ruán que un incidente imprevisto me obligaba a aplazar mi visita. Entre nosotros, mucho me temo, dado lo que deben de saber ahora, que me vea obligado a aplazarla indefinidamente. ¡Cruel desilusión para ellos!

A las seis, regresaba a París por L'Isle-Adam, Enghien y la Porte Bineau.

Los periódicos de la tarde me informaron de que por fin se había logrado apresar a Pierre Onfrey.

Al día siguiente —no desdeñemos las ventajas de una publicidad inteligente—, el *Écho de France* publicaba esta sensacional nota:

«Ayer, en los alrededores de Buchy, tras numerosos incidentes, Arsène Lupin llevó a cabo el arresto de Pierre Onfrey. El asesino de

la rue Lafontaine acababa de desvalijar en la línea de París a El Havre a la señora Renaud, esposa del subdirector de los servicios penitenciarios. Arsène Lupin ha restituido a la señora Renaud el bolso que contenía sus joyas, y ha recompensado generosamente a los dos agentes de la Sûreté que lo habían ayudado en el curso de este dramático arresto.»

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB